

¿POESÍA O URBANISMO? UTOPIÁS URBANAS Y CRÓNICAS DE LA CIUDAD DE MÉXICO (SIGLOS XVI A XX)*

Jerôme MONNET
Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos
CEMCA

INFORMES, MEMORIAS, HISTORIAS Y también poemas, cantos y folletos; numerosos son los textos que hablan de México, con referencias, intenciones y estilos muy diferentes. Desde el siglo XVI hasta nuestros días, la historia de la ciudad está marcada por descripciones dejadas, primero, por los conquistadores, con Hernán Cortés a la cabeza, después, por los misioneros españoles y los viajeros venidos de otras tierras, como Alejandro von Humboldt o los primeros “turistas” y, en fin, por los cronistas criollos y mexicanos, algunos de los cuales fueron historiadores célebres o ministros importantes.

Esos textos heterogéneos forman una unidad no sólo porque todos describen la ciudad de su época sino, también, porque constituyen el conjunto privilegiado de fuentes en que se nutren las historias de la ciudad desde el siglo XIX. La historiografía urbana, en efecto, está dominada por estudios de tipo bibliográfico que designan ese conjunto de textos mediante la expresión “crónicas de la ciudad de México”. Por lo demás, tal manera “libresca” de escribir la historia, oficializada desde hace mucho tiempo (el puesto de cronista de la capital fue creado apenas treinta años después de la con-

* Agradezco los valiosos consejos del doctor Thomas Calvo (Universidad de París-X Nanterre) y de la doctora Clara E. Lida (El Colegio de México). La traducción del francés, hecha por Mario A. Zamudio Vega, estuvo a cargo del CEMCA.

quista para Francisco Cervantes de Salazar), fue confirmada en 1989 con la inauguración que llevó a cabo el presidente de la República de la nueva sede del “Consejo de la Crónica de la Ciudad de México”. Uno de los cronistas oficiales de la primera mitad del siglo XX, Artemio de Valle-Arizpe, ilustra perfectamente esa tradición: en su *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, reúne los textos citados *in extenso* de cuarenta autores diferentes, entre los cuales se incluye él mismo.¹

Ahora bien, es cierto que esas crónicas abundan en datos de gran colorido sobre realidades hoy desaparecidas y que son útiles para aclarar ciertas evoluciones. Además, esos testimonios gozan de la reputación de informar de una manera objetiva, porque parecen exponer la realidad independientemente de los juicios de valor que emiten, y no tener otro fin que trazar un retrato de la ciudad; pero es raro que el lector se tome la molestia de interrogarse sobre la validez de la información que tan generosamente dispensan, a menudo con un lirismo desbordante de entusiasmo o indignación que hace divertida su lectura. En efecto, un ligero examen crítico de esos textos revela extrañas contradicciones, informaciones completamente divergentes sobre el mismo lugar y en la misma época o, bien, espectaculares cambios de opinión acerca del mismo tema en unos cuantos años. Entonces, ¿es posible seguir considerando las crónicas simplemente como fuentes de primera mano sobre la realidad concreta de una época?, y si no, ¿qué describen?

Estas interrogantes me llevaron a formular la hipótesis de que las “crónicas”, tomadas como el conjunto de los textos utilizados por la historiografía bibliográfica, deberían ser escrutadas como fuentes de información no solamente sobre la ciudad real sino, también, sobre la idea que sus autores tenían de la ciudad, sobre la ciudad ideal. Tal hipótesis impli-

¹ Para situar las obras antiguas en su contexto histórico, señalamos entre corchetes la fecha de redacción o primera publicación. VALLE ARIZPE, 1977. Fueron muchos los que procedieron de esa manera, y aun especialistas que propusieron un método histórico diferente, MORENO TOSCANO, 1978 hicieron, no obstante, un lugar a las crónicas MORENO TOSCANO y LOMBARDO TOLEDANO, 1984.

caba que era necesario determinar cuál fue la ciudad deseada y soñada por los autores para establecer la validez de la información proporcionada sobre México.

EL ESTUDIO DE LAS CRÓNICAS: UNA HISTORIA
DEL DISCURSO SOBRE LA CIUDAD

Si se considera una descripción de la ciudad como una representación documentada por los referentes culturales y los intereses materiales de su autor, es necesario interpretar los juicios hechos acerca de la ciudad en función de la escala de valores de este último.² Conforme a esta perspectiva, las crónicas son la expresión de un discurso sobre la ciudad que contiene implícito un modelo con el que la descripción compara (consciente o inconscientemente) la realidad.³ Mediante la definición de las referencias e implicaciones de ese discurso, busqué cuál era ese modelo de ciudad al que México servía como ejemplo, o contraejemplo.

Ahora bien, la presentación de un modelo de ciudad supone un proyecto urbanístico tendiente a hacer que la ciudad real se parezca a la idea que se tiene de ella. Por ende, también era necesario interrogarse sobre la relación de las crónicas con las transformaciones urbanas reales: ¿sólo las registran?, o bien, ¿desempeñan también una función previa a esos cambios? Para precisar si las crónicas preparan, provocan, justifican o solamente dan cuenta de las políticas urbanas y sus efectos, esto es, para comprender en qué medida son ellas mismas agentes de transformación de la ciudad, sólo utilicé los textos de habitantes de la ciudad de México. Los relatos de viajeros extranjeros son, *a priori*, menos representativos de las ideologías urbanísticas en vigor en la ciudad y están menos vinculados con sus transformaciones efectivas. Veremos, por lo demás, un ejemplo del desfase que pudo existir entre los textos autóctonos y los de los extranjeros.

Para ilustrar la evolución del modelo de ciudad, seleccioné

² ÁGUILA, 1983; MARTÍNEZ GARNICA, 1985.

³ PERROT, 1975.

las obras de una veintena de cronistas que se cuentan entre los más citados; razón por la que me parecieron los más interesantes, ya que, a menudo, las historias de la ciudad reproducen sus descripciones para ilustrar su propio discurso sobre la ciudad. Limité las citas de los textos originales a extractos que describen la Plaza Mayor⁴ y las calles vecinas con el propósito de que el lector pueda medir a qué grado han variado en el tiempo las representaciones de un mismo lugar.⁵

MÉXICO EN LOS SIGLOS XVI Y XVII:

UN REENCUENTRO CON LA UTOPIA URBANA DEL RENACIMIENTO

En 1554, Francisco Cervantes de Salazar, clérigo español venido a la Nueva España para ofrecer sus servicios a la naciente Universidad de México, publicó algunos ejercicios de estilo escolástico bajo la forma de diálogos en latín. En el *Segundo diálogo* (1554), pone en escena a dos ciudadanos que hacen recorrer la ciudad a un visitante “para que admire la grandeza de tan insigne ciudad”. Y el turista precoz no cesa de abrir la boca de admiración:

¡Cómo se regocija el ánimo y recrea la vista con el aspecto de esta calle! ¡Cuán larga y ancha! ¡qué recta! ¡qué plana! y toda empedrada, para que en tiempo de aguas no se hagan lodos y esté sucia.⁶

Cuando sus acompañantes lo exhortan a admirar la Plaza Mayor —“examina bien si has visto otra que le iguale en grandeza y majestad”—, responde que no cree “que en ambos mundos pueda encontrarse igual”, por las siguientes razones:

[. . .] ¡cuán plana y extensa!, ¡qué alegre!, ¡qué adornada de al-

⁴ Utilizo el término Plaza Mayor para designar lo que hoy se llama oficialmente Plaza de la Constitución y, popularmente, Zócalo.

⁵ MONNET, 1990.

⁶ CERVANTES DE SALAZAR, 1978, p. 41.

tos y soberbios edificios, por todos cuatro vientos!, ¡qué regularidad!, ¡qué belleza!, ¡qué disposición y asiento!⁷

A todo lo largo del diálogo y el recorrido por la ciudad, no cesaron esas exclamaciones admirativas ni esas apreciaciones lisonjeras sobre el entorno arquitectónico y el ámbito urbano, caracterizados por la amplitud de los espacios, la rectitud de las perspectivas, la fluidez de la circulación, la solidez de las construcciones y la limpieza de los lugares. Incluso las actividades de la ciudad son dignas de alabanza y envidia:

Observa ahora, además, qué multitud de tiendas y qué ordenadas, cuán provistas de valiosas mercaderías, qué concurso de forasteros, de compradores y vendedores. Y luego cuánta gente a caballo, y qué murmullo de la muchedumbre de tratantes. Con razón se puede afirmar haberse juntado aquí cuanto hay de notable en el mundo entero.⁸

En pocas palabras, el cliente encuentra en el mercado de la Plaza Mayor “cuanto hay de mejor en España”, mientras que la visita de los mercados indios de los suburbios le permite observar una extraordinaria variedad de productos y oficios indígenas. Bajo una desconfianza frente a la abundancia de lo desconocido, la descripción no logra ocultar una fascinación maravillada ante tanta profusión e ingenio. Diez años más tarde, en su *Crónica de Nueva España* (1564), el mismo autor retoma la descripción de México sin los efectos de estilo del *Diálogo*, pero con las mismas exclamaciones y los mismos superlativos.

*Lujo, calma y “voluptuosidad” urbanas:
abundancia, orden y actividad*

En la *Crónica* de 1564, los calificativos que intervienen en favor de la ciudad permiten a Cervantes de Salazar afirmar que “no hay pueblo en España de tan buenas y fuertes ca-

⁷ CERVANTES DE SALAZAR, 1978, p. 43.

⁸ CERVANTES DE SALAZAR, 1978, p. 44.

sas''. Por lo tanto, la descripción de México se sitúa desde el principio en un plano comparativo que pone en situación de inferioridad no sólo a la madre patria sino, también, a todo el viejo continente, ya que "la plaza[...] es la mayor que hay en toda Europa''. Generosidad de los espacios, fluidez de la circulación, multitud de hombres, profusión de bienes: la abundancia es la principal característica de la ciudad; es la base de su belleza: permite a una calle ser "la más hermosa y vistosa'', porque en ella se encuentra "un gran bullicio y ruido de todo género de oficiales'' y "muchas y muy suntuosas casas''.⁹

No obstante, la lluvia de cumplidos que el cronista hace caer sobre la ciudad de México no bastaba para asegurar el renombre de esta última, puesto que Cervantes busca fuera de la ciudad razones para admirarla. Y en su cultura y su experiencia encuentra términos de comparación. Si México parece una ciudad modelo es gracias a su semejanza, muchas veces repetida en el *Diálogo*, con la Roma de la antigüedad (referencia obligada, de todas maneras, en el marco de un ejercicio en latín); y también porque, por sus desemejanzas, se opone a las ciudades existentes en la misma época en Europa, que constituyen el antimodelo de México. Invirtiendo los elementos positivos del retrato de la capital colonial (amplitud, rectitud, apertura, circulación), se traza la imagen de las ciudades europeas en su aspecto medieval (estrechas, tortuosas, cerradas, atascadas). Cuando Toledo, Sevilla, Granada y Valladolid son citadas en el *Diálogo*, es siempre en provecho de México.

*Roma, Venecia, Constantinopla, Jerusalén:
las referencias a una urbe mítica ocultan la ciudad real*

Para Cervantes de Salazar, hombre del renacimiento, la Roma antigua tiene la función de una referencia mítica. Las virtudes que le supone, racionalidad, orden y eficacia, cuyos significantes son las dimensiones, la solidez y la belleza que

⁹ CERVANTES DE SALAZAR, 1978a, p. 169.

le atribuye, sirven para legitimar su modelo de ciudad opuesto a las experiencias vividas en las ciudades europeas. De hecho, Cervantes de Salazar se vale de un mito urbano compuesto: un proyecto urbanístico a la manera de Hipódamos de Mileto, que México hace realidad gracias al carácter ortogonal de su trama urbana (las descripciones insisten en este aspecto, tanto en el *Diálogo* como en la *Crónica*), encuentra en ese mito el proyecto político sugerido por la Roma imperial (que estuvo lejos de tener una trama ortogonal): el del imperio centralizado en torno a una capital única. También en este caso, la España real del siglo XVI y el imperio de los Habsburgo son antimodelos: carecen de capital, no existe unidad del cuerpo en torno a una cabeza única.

¿Acaso es un azar el que la única comparación contemporánea positiva que aparece en el *Diálogo* sea establecida con Venecia, ciudad-estado, capital de un imperio, más comercial que político, cierto, pero de una fuerza temible y admirada, Venecia, la rival mediterránea de éxitos envidiados? ¿Acaso México encarna la revancha atlántica para el imperio hispánico, que se constituye y se busca en esos inicios del siglo XVI? En efecto, la “Conquista” del Nuevo Mundo es la prolongación de la “Reconquista” de España, con sus creaciones urbanas opuestas a los ejemplos europeos y árabes de la edad media. Así, se atribuye a México una identidad morfológica y una similitud orgánica con los modelos urbanos extraídos de una Antigüedad recompuesta. La ciudad se convierte en la imagen y la esencia del referente mítico: es el ideal urbano hecho realidad, promesa de realización del proyecto político. Por ello, México es “cabeza deste Nuevo Mundo [. . .] y es cierto lo merece ser por las partes y calidades que tiene, las cuales en pocos pueblos del mundo concurren como en éste”.¹⁰

Paradójicamente, empero, el cronista se vale entonces de la figura de la Tenochtitlán precortesiana (“México en los tiempos de su gentilidad”) para fundamentar la continuidad de la esencia imperial de la ciudad, cuando en ninguno de sus dos textos existe referencia alguna al origen prehispánico del

¹⁰ CERVANTES DE SALAZAR, 1978, p. 167.

trazo y orientación de las calles y plazas ni mención ninguna al carácter indígena de la trama ortogonal de la ciudad. El modelo de ciudad es la ciudad española, las propiedades de los conquistadores agrupadas en torno a la Plaza Mayor, que todo opone a los arrabales indios arrojados a la periferia, donde la vivienda parece una especie de sembrado anárquico de chozas construidas de manera precaria con materiales perecederos. Puesto que ese “suburbio” indígena no puede ser considerado como urbano, Cervantes de Salazar le niega simplemente toda existencia, haciendo declarar orgullosamente a uno de sus personajes que “todo México es ciudad, es decir, que no tiene arrabales, y toda es bella y famosa”.¹¹

La urbe aparece como un valor supremo. Negando la existencia de los arrabales (¿elemento infamante de las ciudades europeas?), el cronista excluye así de la civilización la realidad indígena, la confina en la barbarie que le es atribuida por el dogma de la superioridad intrínseca de los europeos, aunque éstos lleguen también al extremo de rechazar el Viejo Mundo para proyectar uno nuevo. En ese contexto, al comparar las descripciones de la capital azteca hechas por los conquistadores con la representación que hace Cervantes de Salazar de la ciudad colonial, es aún más sorprendente el descubrir que se trata de la misma ciudad o, más exactamente, del mismo modelo de ciudad, dado que los cronistas observan las mismas cosas y transmiten las mismas impresiones, aunque las circunstancias y los objetivos de los relatos hayan diferido grandemente.

Tenochtitlán o México, de tal mito tal ciudad

Cortés describe la capital azteca en 1520 de una manera prosaica, pero con “admiración”, dice, en uno de sus informes de actividades enviados a Carlos V en forma de carta de relación:

Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las ca-

¹¹ CERVANTES DE SALAZAR, 1978a, p. 48.

lles[. . .] muy anchas y muy derechas[. . .]. Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan[. . .]. Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucha orden.¹²

Mismas características, mismas comparaciones en desfavor de las ciudades de España: pareciera que, por su organización espacial y su funcionamiento, la metrópoli prehispánica hubiese “coincido” con el modelo de ciudad que traían los conquistadores y que Cervantes de Salazar perpetúa. En 1576, más de cincuenta años después de los hechos, Bernal Díaz del Castillo reúne sus recuerdos de antiguo combatiente para hacer justicia a la memoria de los primeros descubridores. Él nos hace ver que sus compañeros proyectaron sobre Tenochtitlán la imagen de la ciudad de sueño proporcionada por la literatura europea:

[. . .]nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños.¹³

Más que de la cultura “clásica”, esos soldados extraen de lo novelesco el mito legitimante de México como modelo. Pero también encuentran en sus experiencias vividas útiles elementos de comparación ante la gran plaza del mercado de Tlatelolco:

[. . .] entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y

¹² CORTÉS, 1976, pp. 62-63.

¹³ DÍAZ DEL CASTILLO, 1986, p. 159.

Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto.¹⁴

Todo en esto permite afirmar que los españoles desembarcaron en México con un modelo de ciudad ya bien establecido. En Europa, la tradición de la “villanueva” medieval había sido renovada por el redescubrimiento del urbanismo antiguo hacia finales del siglo XIV. El franciscano Eximinic (1340-1409) describe “qué forma debe tener una ciudad bella o bien edificada” de esta manera:

Se asentará en llano, para que pueda ensancharse sin trabas: su planta ha de ser cuadrada [. . .] dos anchas calles la dividirán en cuatro cuarteles[. . .]. En las cercanías del cruce de las dos calles mayores se emplazará la catedral; no se permitirán solares deshonestos en ella, ni la instalación del mercado[. . .]. Las gentes de idéntica profesión vivirán agrupadas en el mismo barrio [. . .] por todas partes se instalarán los comercios necesarios para la vida cotidiana. El interior de la ciudad será bello y deleitoso.¹⁵

Como vemos, gracias a ciertas características de la ciudad indígena (la rectitud, la amplitud, el orden evidente, etc.), los conquistadores pueden creer que la utopía urbana del renacimiento se ha realizado como por milagro en Tenochtitlán. De su visión de la capital azteca, Cortés y los cronistas que lo suceden sólo retienen los elementos conformes con su modelo, lo que explica que la ciudad “española” descrita por Cervantes de Salazar sea tan semejante a su antecesora prehispánica. Sobre ese espacio urbano construido según las normas y usos de una civilización totalmente extranjera, los colonizadores trasplantan sus propios valores; le atribuyen virtudes y funciones salidas de su concepción del mundo; buscan reconocer en él la *Utopía*. Entre 1511 y 1516, a la vista de un estado de crisis en Inglaterra y de los relatos de los primeros viajeros transoceánicos, Tomás Moro escribe el libro que propone una reforma de la Europa contemporánea al

¹⁴ DÍAZ DEL CASTILLO, 1986, p. 173.

¹⁵ “*Quina forma deu haver ciutat bella o be edificada*”, SÁNCHEZ DE CARMONA, 1989, pp. 45-53.

mismo tiempo que funda en derecho la colonización.¹⁶ Ahora bien, la capital de la *Utopía* proporciona un modelo urbano semejante al que estructura las descripciones de los conquistadores:

Est[. . .] teniendo una forma casi cuadrada. [. . .] Las avenidas de la ciudad se trazaron de tal manera que facilitan el tránsito y se hallan a cubierto de los vientos. Los edificios se encuentran extremadamente bien cuidados y limpios, formando dos líneas continuas de casas enfrentadas en cada calle.¹⁷

La construcción de la ciudad colonial, a partir de 1522, sobre las ruinas mismas de Tenochtitlán, obedece a la voluntad de Cortés de reconstituir ese modelo tal y como ha sido confundido con la realidad indígena. El conquistador, que afirma que siempre deseó “que esta ciudad se reedificase, por la grandeza y maravilloso asiento de ella”, le restituye “la orden que solía en sus mercados y contrataciones”.¹⁸ Esa fe en la apariencia, esa “ilusión óptica” permite que el modelo soñado sobreviva a la destrucción total de la ciudad real. Veinte años después del saqueo de Tenochtitlán, el franciscano Motolinía, consagrado completamente a su proyecto de establecer el verdadero reino de Dios en el Nuevo Mundo, escribe de él una *Historia* que, lo mismo que las de Herodoto, dedica la mayor parte al presente. Motolinía lanza sobre México una mirada que no ve en el episodio de la conquista de la ciudad sino una sustitución de contenido en una misma forma urbana:

¡O México[. . .]! Ahora con razón volará tu fama[. . .]. Eras entonces una Babilonia, llena de confusiones y maldades; ahora eres otra Jerusalén, madre de provincias y reinos.¹⁹

¹⁶ “Si hay [pueblos] que ofrecen resistencia, los colonos nuevos guerrean contra ellos, porque tiene[n] por justa causa de guerra la posesión simple de un territorio por un pueblo que lo mantiene desierto, yermo e inútil, mientras prohíbe su uso y posesión a los que, por ley natural, poseen el derecho de hallar alimento en él”, MORO, 1985, p. 45.

¹⁷ MORO, 1985, p. 38.

¹⁸ CORTÉS, 1976a, p. 196-197.

¹⁹ MOTOLINÍA, 1984, p. 143.

El ser urbano, siempre el mismo aunque converso, es en lo sucesivo propicio para la realización de todas las promesas incluidas en la referencia al Reino de los Cielos hecho realidad en una ciudad elegida. Pero esa “conversión” tuvo como resultado una hecatombe humana, la desaparición de una civilización y la destrucción irremediable de un ecosistema cuyas consecuencias pesan aún sobre la ciudad actual:

La decisión de Hernán Cortés de construir la capital de la Nueva España sobre las ruinas de la antigua Tenochtitlán muy pronto se reveló como desastrosa. Construida en el centro de una laguna [. . .], la ciudad india estaba concebida para vivir en simbiosis con ese medio ambiente lacustre. Y tal no era el caso de la ciudad española, que entró en conflicto con su medio natural desde la primera inundación que la azotó, en 1555. Después de tres siglos de esfuerzos, el dilema no pudo ser resuelto sino mediante la destrucción de ese medio natural extraño a los españoles, pero indispensable para la supervivencia de las culturas indígenas [. . .], dice un especialista en las aguas del valle de México.²⁰ Se trata, por ende, de una impostura histórica que permite presentar la continuidad de la ciudad bajo el disfraz de la continuidad del nombre y del modelo.

Se escribe la historia de la ciudad: repeticiones y plagios

Continuidad la hay, sin duda alguna, en las representaciones literarias de la ciudad de México. Los elementos característicos del modelo definido en la primera mitad del siglo XVI son descritos incansablemente por todos los cronistas, con más o menos detalles y éxito, hasta el siglo XVIII. Entre Antonio de Ciudad Real, que relata el agitado viaje hecho entre 1584 y 1589 en calidad de secretario de un “visitador” eclesiástico, y Juan Manuel de San Vicente, que escribe, según la moda de 1768, un panegírico de la *Magnífica corte mexicana*, parecería que, a pesar de sus dos siglos de antigüedad, la ciudad colonial no ha cambiado en absoluto. Torquemada ofrece un buen ejemplo de la admiración inagotable por las plazas y los

²⁰ MUSSET, 1989a, p. 31.

mercados, sujetos privilegiados de descripciones tan interminables como las listas de sus productos exóticos, y por la regularidad del tejido urbano:

[. . .]éstos edificios tan lindos y parejos hacen las calles muy lindas y labradas; no tienen vueltas ni revueltas (como por la mayor parte lo son las de las ciudades de España); pero son muy largas y derechas [. . .]; corren las unas de oriente a poniente y las otras, de norte a sur, cruzando unas por otras por muy concertado orden y haciendo las cuadras iguales.²¹

La ciudad llega incluso a suscitar un verdadero poema de amor en tercetos rimados: *La grandeza mexicana*, publicado en 1604 por Bernardo de Balbuena, con una intención “apolo-gética” explícita cuyo objeto es la ciudad de México, descrita como el triunfo de un arquetipo urbano.

Así se transmite durante siglos el mismo discurso, independientemente de los movimientos de poblaciones, de las crisis económicas y de las catástrofes naturales que afectan la ciudad y la transforman, lenta pero irremisiblemente, mientras que las referencias míticas, omnipresentes en el siglo XVI, se borran gradualmente. Ese “inmovilismo” de las crónicas se debe, en parte quizá, a la tradición que quiere que los autores se recopien mutuamente con siglos de intervalo: Agustín de Vetancourt, en su *Teatro mexicano* de 1698, repite lo que escribía Torquemada en 1615, que él mismo copiaba de la *Historia*, redactada en 1541 por Motolinía.

Quizá también deba tomarse en consideración que el contraste con las ciudades europeas de la época sigue siendo lo suficientemente fuerte como para que la descripción de las diferencias con los ejemplos extranjeros predomine sobre la de las evoluciones, finalmente menos perceptibles, de la ciudad a través del tiempo. Así, la perpetuación del “antimodelo” explicaría la reafirmación continua del modelo. Esa aparente estabilidad prosigue hasta los últimos decenios del siglo XVIII, cuando surgen las primeras notas discordantes en el concierto de elogios.

²¹ TORQUEMADA, 1975, I, p. 409.

LA REVOLUCIÓN DE LOS MODELOS AL FINAL DEL SIGLO XVIII:
MÉXICO NADA DE LA ABUNDANCIA A LA INMUNDICIA

Se trata en verdad de una revolución: en el lapso de unos cuantos años, la tonalidad general de las descripciones cambia completamente, la inversión de los valores es total, el modelo se vuelve antimodelo. La comparación de dos textos separados por una decena de años dice mucho sobre lo brutal de la mutación.

En 1777, Juan de Vieyra firma una *Breve y compendiosa narración de la ciudad de México*, último florón de la tradición apolo-gética de las crónicas:

Entremos luego al interior de la plaza que es un abreviado epílogo de maravillas. [. . .] al centro de la plaza está la famosa fuente que forma un perfectísimo ochavo [. . .]. Aquí en esta plaza se ven los montes de frutas en que todo el año abunda esta ciudad [. . .], del mismo modo se ven y registran los montes de hortalizas, de manera que ni en los mismos campos se advierte tanta abundancia como se ve junta en este teatro de maravillas. Está en forma de calles que las figuran muchos tejados o barracas, bajo de los que hay innumerables puestos de tiendas.²²

Juan de Vieyra se entrega en seguida, como sus predecesores, al gusto de enumerar en muchas páginas la infinidad de productos del mercado, en cuya riqueza y organización se extasía al igual que Cortés. Como Cervantes de Salazar, admira el lujo, la amplitud y el equilibrio que caracterizan las moradas patricias. Todos los elementos de la ciudad, sus edificios, sus plazas y mercados, se valorizan mutuamente, como en el caso de la iglesia de Santa Catarina Mártir, a la que

hermosea una plaza pequeña que, a imitación de la plaza mayor, tiene, en barracas y puestos, de cuantas vendimias puedan ser necesarias para el abasto de sus vecinos.²³

²² VIEYRA, 1974, pp. 47-48.

²³ VIEYRA, 1974, p. 53.

Todo cambia en los años 1780

Apenas unos cuantos años más tarde, no obstante esas maravillas, esa belleza, ese orden y esa comodidad de la ciudad, múltiples veces repetidos desde hacía siglos, tales conceptos son puestos en tela de juicio. No solamente le son negados, sino reclamados, arguyendo que la ciudad de pronto es todo lo contrario.

Domina en esta ciudad un desorden en la manipulación y venta de alimentos condimentados y preparados con fuego, que apenas hay plaza y aun calle donde no se fría o guise causando no sólo las contingencias de incendios sino el humo, olor u otras incomodidades inseparables de tal práctica que nunca dejará de ser con menos seguridad y más estorbos que dentro de las casas.²⁴

La imagen del cuerno de la abundancia alimentaria que maravillaba a los cronistas de antaño se ha disuelto en los humos y olores de las fritangas. En lo sucesivo

[...] parece más propio y de menor perjuicio, prohibir se establezcan puestos ambulantes [...] sino indispensablemente en las plazas o parajes desahogados en que no puedan embarazar el tránsito ni ofender o incomodar de otra manera.²⁵

La facilidad de abastecimiento en toda la ciudad y el orden del mercado que impresionaban tanto a Vieyra en 1777, al igual que a tantos otros, son remplazados en 1788 por la anarquía y los atolladeros. ¿Cómo, en una decena de años, todo lo que era orden y belleza se convirtió en sinónimo de mugre y engorro? ¿Se trata de una obra aislada que pone el énfasis en problemas hasta entonces descuidados? Este nuevo modo de representación de la ciudad aparece en ese anónimo *Discurso*, cuyos objetivos urbanísticos y estilo impersonal son, efectivamente, inéditos: el subtítulo de la obra propone “Reflexiones y apuntes sobre varios objetos que interesan la sa-

²⁴ *Discurso*, 1984, p. 61.

²⁵ *Discurso*, 1984, p. 62.

lud pública y la policía particular de esta ciudad de México si se adaptasen las providencias o remedios correspondientes”.

Empero, es una verdadera corriente que nace. En adelante, se trata de luchar contra las “Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España en casi todos los cuerpos de que se compone y remedios que se la deben aplicar para su curación si se quiere sea útil al rey y al público”, según dice el título de una obra de los mismos años que denuncia “la cloaca general del vecindario” en México.²⁶ Las observaciones que el librero Francisco Sedano consigna en su diario entre 1789 y 1795 son del mismo tipo. Él escribe, a propósito de la Plaza Mayor, desembarazada de los puestos en 1789:

Esta plaza, cuando estaba el mercado, era muy fea y de vista muy desagradable. Encima de los techados de tejamanil había pedazos de petate, sombreros y zapatos viejos y otros harapos que echaban sobre ellos. Lo desigual del empedrado, el lodo en tiempo de lluvias, los caños que atravesaban, los montones de basura, excremento de gente ordinaria y muchachos, cáscaras y otros estorbos la hacían de difícil andadura.²⁷

A partir de esa época, todas las crónicas sobre México se entregan en coro a esas descripciones invadidas por el horror y el asco, de la misma manera que las que antes expresaban la admiración lo hacían sin una sola nota falsa. La ciudad que era un modelo para las otras ciudades se ha convertido en “mal ejemplo”. Y veamos lo que ha llegado a ser, diez años después de la visita de Juan de Vieyra, la “famosa fuente” que ornaba la Plaza Mayor:

Esta pila fue una gran inmundicia, el agua estaba hedionda y puerca, a causa de que metían dentro para sacar agua las ollas puercas de la comida de los puestos y también las asaduras para lavarlas. Las indias y gente soez, metía dentro los pañales de los niños estando sucios para lavarlos fuera con la agua que sacaban

²⁶ Atribuido a Hipólito Villarroel en ÁGUILA, 1983; GONZÁLEZ POLO, 1984, pp. 6-8.

²⁷ SEDANO, 1977, pp. 436-437.

[. . .]. El enlosado de afuera estaba lamoso y resbaloso, a causa de la jabonadura que despedía la ropa que lavaban al derredor.²⁸

En lo sucesivo, las crónicas llevan la contraria total al modelo de otro tiempo; las calles de antaño, limpias y cómodas, se han convertido en “muladares” “de difícil y molesto tránsito”; antes tan derechas y anchas, han cambiado de aspecto:

[. . .] en la capital durante el siglo XVI y parte del XVII [. . .]sus calles se arreglaron con una rectitud, anchura, e igualdad que pueden competir con las más hermosas del mundo. [. . .]pero lo ejecutado posteriormente [. . .]convence un absoluto abandono y torpeza, no labrándose con la dirección o simetría que las primeras obras, sino torciendo o angostando las calles, de un modo que han privado al casco de la ciudad y a sus habitantes de la hermosura material y de la salubridad con que circularía el aire.²⁹

Este último texto nos da elementos para interpretar el cambio súbito de las crónicas. Establece que la adecuación entre la ciudad y el modelo de ciudad es cosa reconocida hasta los inicios del siglo XVII, en ello coinciden los contemporáneos y el *Discurso* de 1788; pero, en seguida, el desfase crece entre la mirada que lanza este último sobre el siglo que lo precede y la imagen que de él dan los cronistas de entonces: para éstos, la ciudad sigue siendo un modelo, mientras que, en los últimos dos decenios del siglo XVIII, se ha convertido en un “antimodelo”.

Para explicar ese viraje, habría que echar mano de una multitud de factores, que los especialistas de los grandes trastornos demográficos, económicos y políticos de fines del “siglo de las Luces” han descrito ampliamente. Yo me contentaré con hacer ver que las causas del cambio de los modelos mentales forman parte de un conjunto más complejo y limitaré mi atención a algunos elementos que pueden aclarar directamente la evolución de las crónicas urbanas.

²⁸ SEDANO, 1977, p. 439.

²⁹ *Discurso*, 1984, p. 47.

¿La mugre, invade la ciudad. . . o el discurso?

Por una parte, es posible considerar que la ciudad se volvió efectivamente más sucia. A fuerza de luchar contra el exceso o la penuria de agua, condenando canales, rellenando ciénagas y construyendo acueductos, los españoles lograron hacer desaparecer todo rastro de la racionalidad propia de la relación de la ciudad indígena con el agua. Los problemas de drenaje y de evacuación de las aguas negras que hace notar Sedano bien pudieron ser la consecuencia de ese combate con la naturaleza lacustre del lugar que se tradujo en la destrucción de los equilibrios del medio: no hay más corriente, en canales ahora raros, para evacuar los desechos de la ciudad.³⁰ Pero esa razón no puede ser suficiente, pues no explica lo brutal del cambio de opinión sobre la ciudad. No es posible pretender que una decena de años haya bastado para transformar el “teatro de maravillas” de la Plaza Mayor en “cloaca” y las calles “más hermosas del mundo” en muladares tortuosos. No olvidemos que, nuevamente, los cronistas no describen la realidad, sino, más bien, la representación que se hacen de ella, y que ésta ha cambiado abruptamente.

En consecuencia, es necesario, por otra parte, tener presente que en la segunda mitad del siglo XVIII se produce una inversión de los valores de los cronistas, una sustitución total de sus modelos. Cuando México representa el modelo urbano de Juan de Vieyra y sus predecesores, ello no les permite describir, ni en lo más mínimo, la suciedad del mercado ni la irregularidad de las calles: el modelo no podría ser así. Empero, cuando Villarreal, Sedano y sus sucesores miran la ciudad, ya no ven sino lo que la distingue de un nuevo modelo, e insisten con una complacencia lírica indudable en la descripción de las vergonzosas características que separan la ciudad real de la ciudad soñada.

Esta hipótesis se ve confirmada por el cambio manifiesto de referencias en el *Discurso* de 1788. Definitivamente olvidadas Jerusalén, Roma y Constantinopla, las ciudades de la Europa contemporánea toman el lugar como ejemplo más de

³⁰ MUSSET, 1989.

una treintena de veces, veinte de ellas correspondientes a ciudades de España. A la cabeza de las referencias, se encuentra Madrid, la “ciudadnueva” de los borbones, citada una media docena de veces. Vemos que la inversión de la tendencia es total, pues las ciudades de la metrópoli, de antimodelos en el siglo XVI, han pasado a modelos. Esa inversión afecta a toda Europa: el Mediterráneo sólo es citado dos veces (Venecia y Nápoles), mientras que las ciudades de la región de Europa del noroeste aparecen cuatro veces. A París, el *Discurso* le atribuye una “admirable policía” (en el sentido de política urbana).³¹

¿Cuáles son los elementos del nuevo modelo? Es posible captarlos invirtiendo la imagen dada por la descripción de la ciudad: contra la promiscuidad, la suciedad, el desorden, el ruido, los olores y los atascamientos que reinan en México, los cronistas trazan, “en negativo” y con proposiciones al apoyo, el retrato de una ciudad higiénica en la que se acabará con los disgustos que causan las mezclas de clases, reglamentando el establecimiento de las actividades populares, designando espacios obligados a los puestos y mercados y limitando la libre y anárquica circulación de las personas y los bienes.

Podemos permitirnos atribuir ese urbanismo nuevo, hecho de higienismo, moralismo y racionalismo, a la influencia de las “Luces” europeas. El estilo y el tenor del *Discurso* de 1788, como los de las *Enfermedades políticas* de Hipólito Villarroel, las incluyen en el rubro de los discursos presentados en los concursos abiertos por las academias y las sociedades culturales, que hacen furor en Europa en el siglo XVIII. Y, precisamente, las ciudades de Europa sufren en ese momento una modificación de su representación semejante a la que acabamos de describir.³² Ahora bien, en muchas ocasiones, el autor del *Discurso* hace alusiones a lo que él personalmente ha vivido en el viejo continente. Se puede pensar entonces que ese intelectual criollo de regreso al país narra en los salones de la época su viaje por los reinos ilustrados y describe la

³¹ *Discurso*, 1984, p. 47.

³² LE ROY LADURIE, 1981.

última moda del pensar y el comportarse. Y termina por ceder a las instancias de sus amigos de las altas esferas para sentar por escrito un proyecto urbanístico inspirado en el ejemplo del otro lado del Atlántico:

[. . .] con la única intención de complacer a un amigo que nuevamente posesionado de empleo civil y de inmediata intervención en el gobierno público, deseaba reunir algunas especies de las más principales y dignas de mejorarse en la constitución política de esta capital.³³

Este conjunto de datos implica que, en el lapso de algunos años, el discurso predominante se ha visto modificado. Quizá acosados por una realidad urbana más problemática y ciertamente sujetos a una evolución de las percepciones, compartida con los europeos,³⁴ los cronistas de fines del siglo XVIII “descubren” que el cementerio en el atrio de la Catedral infecta el aire, que el uso de aguas estancadas y sucias para lavar los cuerpos y los alimentos es más peligroso que sano, que el paso de carrozas y carros sería más fácil si no se embrollaran en los puestos y en el lodo, etcétera.

Al incomparable celo de Revillagigedo se debe haberse remediado tanto desorden y porquería

Francisco Sedano, cuyas memorias no son sino un largo diti-rambo sobre el enviado “ilustrado” de los reformadores borbones, atribuye todo el mérito del mejoramiento de la ciudad a aquel a quien los cronistas concedieron el título de “primer urbanista moderno” de México. En efecto, Revillagigedo, virrey de Nueva España de 1789 a 1794, parece haber puesto cierto celo para asemejar la ciudad al nuevo modelo urbano: hizo desembarazar totalmente la Plaza Mayor de sus puestos y sus cabañas, limitó el mercado a la pequeña explanada del Volador, que se encontraba en el ángulo sureste de la Plaza

³³ *Discurso*, 1984, p. 109.

³⁴ ARIÈS, 1977 y 1981.

Mayor, hizo empedrar ésta, tomó disposiciones para hacer mudar el cementerio y “estableció la limpia de las calles y los carros para recoger las basuras”. En fin, ordenó al arquitecto Ignacio Castera un “Plano Yconográfico de la ciudad de México [. . .] que demuestra el reglamento general de sus calles, así para la comodidad y hermosura como igualmente conciliar el mejor orden de policía y de construcción futura”.³⁵ En él, superpone al mapa del estado presente un proyecto de alineamiento y de extensión alimentado por los patrones urbanos del Renacimiento, pero también penetrado por los primeros efectos de la “monumentalización” de los espacios urbanos y de la sacralización de los vestigios del pasado que entonces comienzan. En efecto, en el transcurso de los trabajos que preparan la plaza para la instalación de un monumento dedicado al nuevo rey, se encuentran la “Piedra del Sol” y la “Coatlicue”: esos dos enormes monolitos serán las primeras piezas prehispánicas expuestas como testimonios históricos y obras de arte.³⁶

Si bien es cierto que la obra de Revillagigedo parece esencial en la historia de las transformaciones que conoció la ciudad colonial, no es menos cierto que es inmediatamente posterior a los cambios de percepción y de representación de la ciudad. Es tentador concluir de ello que ese episodio de actividad urbanística es el producto de una evolución de los discursos. La actividad habría sido entonces tanto más intensa cuanto más grande hubiese parecido la separación entre la realidad y el nuevo modelo. Conforme a esta interpretación, los intentos precedentes a la “revolución de los modelos” habrían estado destinados a la impotencia, como parece ser el caso de la acción urbanística del virrey Bucareli (1771-1779), que sólo afectó superficial o periféricamente el espacio urbano descrito por Juan de Vieyra en la más pura tradición apologética.

Una vez más, no obstante, las crónicas son engañosas cuando parecen preceder o suscitar transformaciones urbanas: ello permitiría creer que dan cuenta de éstas. Dos indi-

³⁵ “Plano Yconográfico de la ciudad de México [. . .]”, CASTERA.

³⁶ MONNET, 1989.

cios nos permiten sospechar que no describen sino parcialmente lo que le ocurre a la ciudad. Por una parte, ¿qué ha sido del gran mercado del que Sedano nos dice que fue felizmente transferido a la plaza del Volador? ¿Habrá arreglado ello el estado de esa plaza ocupada ya por un mercado que el *Discurso* de 1788 calificaba de “inmundicia y desarreglo”? El silencio de Sedano sobre la situación de la ciudad después de las disposiciones de Revillagigedo deja creer que nada ha cambiado realmente en cuanto al estado sanitario general y que no se trataba de otra cosa que de desalojar a la plebe y las actividades populares de un espacio cuyo uso se reserva el gobierno.

Por otra parte, en efecto, la higiene y la circulación, la belleza y la comodidad desfallecientes que había que remediar sin tardar parecen pretextos que cubren otras intenciones, puesto que, si se cree en los relatos de los visitantes extranjeros que ahí se sucedieron, la ciudad de México parecía entonces, en los últimos años del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, mucho más limpia y mucho más desembarazada que las ciudades de Europa que le servían de ejemplo. De manera similar a lo que escribía Alejandro von Humboldt en 1804 y entre decenas de otros viajeros, el inglés George Francis Lyon anota en su *Diario de una residencia y gira en la República de México en 1826*:

El encanto principal de México radica en la anchura y regularidad de sus calles, que se cruzan en ángulos rectos, y que atraviesan casi todas en línea ininterrumpida toda la extensión de la ciudad, proporcionando una hermosa perspectiva[. . .]. Todas están bien pavimentadas[. . .]. Es una ciudad mucho más limpia de lo que podría esperarse.³⁷

El autor se asombra; ¿será porque sus prejuicios retroceden o porque ha leído descripciones criollas contemporáneas de la ciudad? Sea lo que fuere, reencuentra el tono que tenían los cronistas antes del final del siglo XVIII. Por lo demás, si bien la mentalidad higienista del europeo le hace observar la

³⁷ LYON, 1984, pp. 209.

suciedad de los mercados, no le impide, empero, admirar el orden y la riqueza de éstos ni saborear sus productos:

Aquí ve el extranjero la más extraordinaria variedad de gente y de mercancías, amontonadas en una masa aparentemente confusa, pero bien ordenada. [. . .] Los mercados son buenos, pero atestados y lamentablemente sucios [. . .]. Todo, sin embargo, es bueno, y un amateur en frutas puede deleitarse hasta quedar satisfecho con piñas y otras cosas tentadoras a un costo muy bajo.³⁸

Además de la comparación que esta descripción extranjera permite hacer con las crónicas locales, a las cuales relativiza, presenta una imagen típica de la mirada lanzada a partir de entonces sobre la realidad mexicana por los turistas, divididos entre la fascinación y la repulsión.

LOS SIGLOS XIX Y XX: LA “LIMPIEZA” PROGRESIVA DE LA PLAZA MAYOR

Los dos siglos que siguieron a la “revolución” de los modelos, descrita en las páginas anteriores, parecen por completo dedicados a la realización de los deseos del autor del *Discurso* de 1788 y de Francisco Sedano y a la perpetuación de las acciones emprendidas por Revillagigedo: las conclusiones de aquéllos y los proyectos de éste serán citados y reproducidos hasta el final del siglo XIX. El plan de ordenación urbana diseñado por Castera en 1794 es reeditado por la municipalidad en 1842; un año más tarde, la demolición del mercado cubierto, que todavía ocupaba el lado occidental de la Plaza Mayor, está incluida en la lógica urbanística de Revillagigedo por el presidente de la República, tomando como pretexto:

[. . .]la deformidad del edificio llamado Parián, situado en la plaza principal de esta ciudad, que tanto por su ninguna arquitectura cuanto por su mal cuidada posición, impide y afea del

³⁸ LYON, 1984, pp. 209-211.

todo la bella y sorprendente vista que debe presentar dicha plaza principal.³⁹

En la línea del higienismo reformador de las Luces, el esteticismo puritano de este “considerando” vela públicamente los graves conflictos sociales de la época;⁴⁰ lo que está en juego es el dominio de un espacio disputado; se trata de limpiar la Plaza Mayor de todo lo que parece incontrolable e indeseable, esto es, el populacho, sus mercados, sus actividades.

Lucas Alamán, influyente hombre político de los años 1820-1840, examina entonces el pasado de la ciudad adoptando el punto de vista de Sedano de 1795: Revillagigedo fue “el grande hombre a quien México debe el tener una plaza hermosa” desembarazada de la basura y de la canalla. Los ditirambos del pasado son “demasiado poéticos”

[...] pues no se puede comprender cómo una ciudad tan inmundada podía ser objeto de tantos elogios, y lo único que puede decirse, es que no había entonces nada mejor, pues las ciudades de Europa estaban en el mismo estado.⁴¹

Así, la intervención de Revillagigedo y sus sucesores, presidentes de la nueva República independiente y regentes de la capital, es legitimada por los historiadores y cronistas del siglo XIX. Después de la nacionalización de los bienes eclesiásticos,⁴² que permite hacer el primer intento de envergadura de adoptar la ciudad al nuevo modelo, algunos conventos coloniales son destruidos para ampliar o crear calles:

De entre las ruinas de la Profesa salió esa calle espaciosa y bella [...]. A los lados de la calle se construyen hoy elegantes edificios de gusto moderno [...]. Una doble hilera de fresnos y de esos pequeños y alegres arbolillos que se llaman tröenos por los franceses [...], le da un aspecto completamente europeo. En con-

³⁹ DUBLÁN y LOZANO, 1876-1904.

⁴⁰ Véase el motín de 1828 contra los comerciantes del Parián, en ARROM, 1988, p. 256.

⁴¹ ALAMÁN, 1985, p. 209.

⁴² Las congregaciones y la Catedral poseían más de la mitad de la superficie urbana antes de la Reforma; véase MORENO TOSCANO, 1978.

cepto de todos, la calle de Cinco de Mayo, inaugurada por el Ayuntamiento en mayo de este año, va a ser de las más hermosas de la capital.⁴³

El modelo de ciudad que guía a los contemporáneos en sus juicios, nacido en la segunda mitad del siglo XVIII y al cual podríamos llamar “estético-higienista” parece haber sido realizado cien años más tarde. La coincidencia entre la ciudad soñada y la ciudad real reaparece en las crónicas, si hemos de creer en el tono satisfecho con que entonces se habla de las nuevas calles y de lo que se convirtió en el “Zócalo”, cuando, en medio de la Plaza Mayor, no quedó sino el zócalo de un monumento a la Independencia jamás realizado. Las crónicas de los tiempos siguientes a la intervención francesa y al imperio de Maximiliano describen el Zócalo como un “espacioso y bello jardín”, paseo concurrido por las familias burguesas de la ciudad.

La realidad de la Plaza Mayor cesa de ser agresiva, el malestar y el embarazo ya no tienen cabida. Una vez despejadas las perspectivas, apartados los mercados, acondicionado el jardín con sus bancas y calles, el Zócalo destila la quietud de un lugar que todos pueden reconocer como propio,⁴⁴ a condición de pertenecer a las categorías privilegiadas de la población. Para estas últimas, al igual que para las otras, el porfiriato planifica el crecimiento físico de México fuera de sus límites coloniales, organizando en torno a las primeras vías férreas nuevos barrios residenciales especializados por niveles socioeconómicos.

Después de la calma del siglo XIX, vuelve el monstruo

En el transcurso del siglo XX, resurge la inadecuación de la realidad urbana al modelo de ciudad. No obstante, hay que precisar que las crónicas de este siglo que describen el Zócalo y las calles aledañas ya no presentan un modelo que valga

⁴³ ALTAMIRANO, 1989, p. 175.

⁴⁴ GARCÍA CUBAS, 1974, pp. 73-74.

para toda la aglomeración. El México del siglo XX no tiene casi nada que ver con la ciudad de fines de la colonia. La aglomeración del siglo XIX se convierte en el “centro histórico”, que en 1980 representa apenas la centésima parte de la superficie y de la población de la megalópolis. Destinado por las políticas de protección del patrimonio a encarnar la historia de la capital, ese espacio particular es descrito por las “crónicas” del siglo XX como un lugar simbólico más que como el centro funcional de una gran metrópoli.

La primera mitad del siglo marca un apogeo de las crónicas urbanas. El género historiográfico, que yuxtapone los extractos elegidos de cronistas del pasado con el fin de restituir la historia de la ciudad, encuentra entonces sus mejores representantes. Entre 1918 y 1946, cuatro ediciones enriquecen progresivamente la *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, de Artemio de Valle-Arizpe. También en 1946, Salvador Novo señala deliberadamente su filiación con Balbuena (1604), publicando su *Nueva Grandeza Mexicana*. El discurso se convierte en el de la nostalgia por “la Ciudad de los Palacios” y en el de la defensa del entorno arquitectónico contra el frenesí modernizador. De manera general, esas colecciones de textos hacen relativamente poco caso a las extensiones contemporáneas de la ciudad y se lamentan más bien de las destrucciones de los barrios antiguos. Los historiadores de la primera mitad del siglo XX que describen la ciudad toman al pie de la letra los testimonios críticos de los autores de finales del siglo XVIII y reproducen sus juicios de valor:

La Plaza Mayor, vasta, enorme [...] presentaba un aspecto pintoresco a la vez que desagradable, con el Parián que ocupaba el ángulo suroeste, los numerosos puestos y barracas que la convertían en mercado y la hampa que en su ámbito pululaba.⁴⁵

Así, extrayendo su inspiración de las fuentes más líricas basadas en la repulsión, Castillo Ledón establece, entre mercado, deshonestidad, miseria y suciedad, una identidad que

⁴⁵ CASTILLO LEDÓN, 1977, pp. 485-486.

engloba en una misma repugnancia los lugares y las actividades populares. En ese contexto ideológico, en el lapso de los dos decenios de 1930 y 1940, se promulgan sucesivamente una ley de protección del patrimonio, en vigor durante cuarenta años, los cuatro primeros decretos de clasificación de zonas y monumentos en el centro histórico, la ley que creó el organismo encargado de estos últimos (el INAH)⁴⁶ y se reactiva el puesto de cronista de la ciudad, en beneficio de Valle-Arizpe y Novo. Mientras tanto, la ciudad de México va a conocer un crecimiento de su población que acelera su expansión física de manera extraordinaria a todo lo largo del siglo XX: en las descripciones de la ciudad se vuelve recurrente entonces el tema del “monstruo”,⁴⁷ criatura que ha escapado al control de sus creadores:

La ciudad se nos fue hace tiempo de las manos. Algunos pudimos mantener control sobre nuestra casa y a veces, incluso, sobre nuestros barrios completos, pero no bien salíamos de esos espacios que nos pertenecen y a los que pertenecemos, quedábamos expuestos a una ciudad hostil y ajena.⁴⁸

La pelea del siglo: cultura vs. comercio

En esas condiciones, en el transcurso de la primera mitad del siglo XX, a la dimensión “estético-higienista” del modelo nacido a lo largo del siglo se añade una perspectiva “funcionalista”: para hacer respetar la dignidad del centro histórico, es conveniente atribuirle funciones conformes a la dignidad del patrimonio arquitectónico y excluir de él todas las otras funciones, reservadas a otros espacios de la aglomeración. Eso es lo que se deduce del *Proyecto de rescate* del centro histórico de José Iturriaga, escrito con una inspiración y unos neologismos a la altura de la indignación del autor:

La gran zona urbana que será la Ciudad Museo habrá de ser so-

⁴⁶ MONNET, 1989.

⁴⁷ LÓPEZ RANGEL, 1989, p. 49.

⁴⁸ ARGUETA, 6, 1988, p. 3.

metida a una erradicación del tránsito de vehículos de motor [. . .], del ruido, del monóxido de carbono, de la mugre, de la incuria [. . .] de los establecimientos comerciales no ligados a la cultura o a la industria hotelera [. . .], de las viviendas erigidas en el interior de los patios de las casonas coloniales [. . .].

El grito de guerra urbanístico mediante el cual ha de exhumarse la Ciudad Museo [. . .]: culturización de la zona mediante la concentración en ella de museos, teatros, salas de conciertos y de exposiciones [. . .], librerías, tiendas de artesanías artísticas [. . .] hotelización mediante la adaptación para pequeñas hosterías de las viejas casonas que ahora son insalubres y descuidadas vecindades de renta congelada, cuyos habitantes [. . .] pueden ser trasladados a otros sitios de la ciudad.⁴⁹

Según la lógica de “a cada lugar su función”, el centro histórico debe ser el espacio cultural oficial de la ciudad, destinando el comercio y los negocios al centro y la vivienda a la periferia. En nombre de la defensa del patrimonio, se rechazan todas las fuentes de contaminación y desorden: la vivienda popular, los vendedores ambulantes, la circulación de vehículos, las actividades industriales, etcétera.

A pesar de los importantes cambios ocurridos en dos siglos, a pesar de la explosión demográfica y de los trastornos sociales y políticos, el modelo urbano, al tiempo que sufre transformaciones, parece entonces haber conservado rasgos de lo que era a finales del siglo XVIII. El estetismo, que hacía reaccionar al *Discurso* de 1788 contra las imperfecciones y las impropiedades de los rótulos de tiendas, “monumento perpetuo e indecoroso de la barbarie”⁵⁰ del gobierno urbano, vuelve a encontrarse en todas las leyes de protección del patrimonio en el siglo XX. Estas últimas formularon constantemente la prohibición casi nunca respetada de los “anuncios antiestéticos” que denunciaba Iturriaga en 1963.

Asimismo, el *Discurso* proponía prohibir los puestos, molestos por sus olores, peligrosos por los riesgos de incendios e incómodos para la circulación. Doscientos años más tarde, las acusaciones y proposiciones siguen siendo casi las mis-

⁴⁹ ITURRIAGA, 1988, p. 72.

⁵⁰ *Discurso*, 1984, p. 50.

mas, pero son acentuadas y difundidas ampliamente por la prensa, que no vacila en calificar de lepra el comercio ambulante, a merced de los incidentes que enfrentan a los vendedores con los equipos musculosos encargados por la administración de la ciudad o del Metro de desalojarlos. En 1985, un cronista declara que “el comercio ambulante ha existido en México desde tiempos muy remotos, pero este hecho no ha sido un impedimento para algunos, que pese a todo han sabido reconocer la gran belleza de la ciudad”. Curiosa interpretación de la tradición apologética de las crónicas, que, no obstante, parecía considerar los puestos como ¡uno de los encantos de la ciudad! La tradición “crítica”, por el contrario, es mejor considerada:

Sin embargo, también existieron personas que con un sentido más realista, vieron en el comercio ambulante, en los tianguis improvisados y distribuidos “sin orden ni concierto”, un grave problema para la ciudad y para sus siempre elogiados edificios.⁵¹

Así, la historia permite al autor contemporáneo expresar sus propios juicios de valor:

Da lástima que a dos siglos de distancia la ciudad de México siga padeciendo los mismos problemas: los vendedores ambulantes que utilizan los portones, los zaguanes y los zócalos de los monumentos virreinales y decimonónicos del centro, como auténticos basureros; en tanto que cómodamente emplean sus muros como aparadores, percheros y respaldos. Todo esto sin contar con que el comercio ambulante sigue haciendo aborrecibles el uso y tránsito de las calles.⁵²

Uno de los elementos del modelo urbano aplicado al centro histórico del siglo XX lo constituye, por lo tanto, el rechazo del comercio ambulante y de la población de escasos recursos, considerados como responsables del nacimiento del “monstruo”:

⁵¹ FERNÁNDEZ, 1987, p. 23.

⁵² FERNÁNDEZ, 1987, p. 24.

El casco antiguo de la ciudad es hoy palacios en ruinas, sórdidas vecindades, templos vencidos por el tiempo, contaminación, puestos ambulantes, basura y caos; de suerte que de ser “La Gran Tenochtitlán”, “La Venecia de América” y “La Ciudad de los Palacios”, México es hoy una inhóspita, contaminada, desordenada y sucia “Mancha Urbana”.⁵³

Incluso en una revista que busca representar el alma popular de la ciudad, aparece esta temática. Un número especial dedicado a la ciudad de México ofrece a sus lectores este retrato de una calle aledaña al Zócalo, “que alberga edificios coloniales ya mutilados de su arquitectura suntuosa”:

[. . .] la antiquísima calle de la Santísima llena de hedores peculiares del drenaje asomándose en charcos junto a las alcantarillas. Otros olores manan de los puestos de fritangas posesionados de un pedazo de espacio urbano.⁵⁴

Desagües y puestos, miasmas y degradación de los monumentos: la intención de los autores no consiste quizá en explicar lo uno mediante lo otro; sin embargo, lo asocian para evocar la decadencia del centro histórico. Puede medirse, por tanto, la distancia que existe con el modelo urbano de la época colonial, recordando que a Juan de Viera le parecía una plaza “hermoseada” por la presencia de puestos, mientras que los cronistas del siglo XX, obnubilados por el modelo funcionalista, ven en una plaza un “espacio amable para conciertos [. . .], manifestaciones dancísticas [. . .], y recitales [. . .], para reuniones políticas” y “la convivencia de miles de ciudadanos” a condición de que sea “limpia, bien cuidada y sin la agresión del comercio ambulante”.⁵⁵

LAS DESCRIPCIONES DE LA CIUDAD: ¿POESÍA O URBANISMO?

México, a semejanza de numerosas ciudades, ha hecho co-

⁵³ FERNÁNDEZ, 1987, p. 90.

⁵⁴ ARGUETA, 1988, p. 30.

⁵⁵ EVERAERT, 1988, p. 17.

rrer torrentes de tinta de la pluma, ora entusiasta, ora contrariada, de generaciones de cronistas. Algunos se han presentado como poetas, tal es el caso de Balbuena en 1604 o de Argueta en 1988; otros se han pretendido urbanistas, como el “fundador” de la ciudad, Hernán Cortés, en 1523, o el autor del *Discurso sobre la Policía de México*, en 1788; empero todos esos cronistas, cualesquiera que fueren sus intenciones, son a la vez urbanistas y poetas.

Poetas, porque a menudo alcanzan cimas de lirismo, inspirado por la indignación o por la admiración, en las descripciones de su ciudad; poetas, porque la impresión dejada por la “manera” de sus descripciones cuenta más que el objeto de éstas: su fuerza de convicción proviene, ante todo, de un afán de orden estilístico. Urbanistas, porque todos describen una ciudad ideal, un modelo de ciudad que aparece en los textos por aproximación u oposición a la ciudad real, acompañado de un proyecto urbanístico. Vean esta ciudad, dicen algunos, vean cuán bella es; ¡así es como deberían ser todas las ciudades! Otros, por el contrario, insisten en sus aspectos repulsivos para obtener de ellos un retrato negativo que permite, invirtiéndolo, tener una idea de lo que debería ser.

En consecuencia, las crónicas informan, ante todo, sobre los modelos ideológicos de sus autores. La realidad no aparece en ellas sino en la medida en que sirve a los propósitos del que la describe. Hay que tener en cuenta esto para extraer de esos documentos información sobre la ciudad real. En cambio, las crónicas tienen un inmenso valor como testimonios sobre las ideologías urbanas.

Esplendor y miseria del puesto

Conforme a una interpretación de ese tipo, el destino que ha tenido el puesto en las crónicas es bastante representativo de esa evolución de los modelos urbanos cuyas consecuencias no dejan de resentirse.

Los conquistadores desembarcaron en el siglo XVI con su “bagaje intelectual”, una cultura europea que estaba reno-

vando sus referencias y un modelo urbano informado por su experiencia de la ciudad heredada de la Edad Media (pequeña, cerrada, construida en madera) y por referencias de orden mitológico (la Jerusalén Celeste, la Roma Imperial y las ciudades maravillosas de la literatura). Cuando se detienen, deslumbrados, ante Tenochtitlán, los españoles contemplan la imagen de su modelo de ciudad, proyectada por la capital azteca, en la que ven lo que pueden y quieren ver. Ignoran el sentido autóctono de lo que miran, mas trasplantan sobre la imagen sentidos que son suyos: los signos de la racionalidad y de la modernidad (ciudad espaciosa, trama ortogonal, circulación fluida) y los signos de la riqueza (abundancia de hombres y de bienes, edificios de fábrica). Hasta el siglo XVIII, la ciudad de las crónicas será ésa, apenas algo más que un sueño de ciudad justificado por una elección de signos procedentes de la ciudad real, definido en oposición a los antimodelos conocidos y nutrido por las aspiraciones utópicas del Renacimiento.

En ese modelo, el tianguis, el puesto y el comercio en general son elementos clave que constituyen signos mayores de la expresión de la riqueza y el orden urbano. La esencia misma de la urbe de entonces es el mercado; simbólicamente, ocupa el centro de la Plaza Mayor, en torno a la cual se concentran los signos del poder: el palacio del virrey, “con tiendas por debajo que dan mucha renta”,⁵⁶ la catedral, el Ayuntamiento y las moradas de las más grandes familias de la Nueva España.

Pero ese modelo urbano desaparece en el transcurso del siglo XVIII para ser remplazado por otro para el que el mercado y los puestos aislados se vuelven indeseables. Con la expulsión del mercado de la Plaza Mayor en 1789, se inicia un movimiento plurisecular, prolongado por la destrucción del Parián en el siglo XIX, la desaparición del mercado del “Volador” a principios del siglo XX y por la guerra que actualmente se lleva a cabo contra el comercio ambulante en el centro histórico, e incluso en toda la ciudad. Para justificar el rechazo contemporáneo del puesto, algunos llegan al extre-

⁵⁶ CERVANTES DE SALAZAR, 1978a, p. 159.

mo de invertir la historia, denunciando la invasión reciente de la Plaza Mayor por un mercado:

[...] el precioso Zócalo, una de las plazas más bellas del mundo [...], se ha perdido; encontré el Zócalo [...] convertido en mercado [...] de alguna villa [...] modesta: una invasión de vendedores semiambulantes [...], con tendidos de mercaderías humildes [...]; es también sitio [...] de albañiles en busca de chamba, de vendedores de antojitos, portadores de salmonelosis y otras especialidades. ¿Pintoresco? Sí, y no dejan los turistas [...] de sacar fotografías, para regresar a su patria diciendo que visitaron no una noble plaza [...], sino un mercado pueblerino en día de plaza [...].

¿Deliberadamente han querido los conservadores del Centro Histórico de la ciudad crear este nido de tipismo y de sabor popular, o se les habrá escapado de las manos [...]?⁵⁷

El rechazo del mercado y del puesto tiene dos componentes. Por una parte, el modelo urbano “político” contemporáneo ya no vincula tan estrechamente, sino mediante el pasado, los signos arquitectónicos del poder a los del comercio. El poder ya no reposa sobre la cantidad: la población ya no significa la fuerza, el número ya no significa la riqueza. En lo sucesivo, no es la abundancia en hombres y en bienes lo que significa el poder, sino la “monumentalización” de los espacios, que exige apartar de ellos toda traza de las actividades y de las humanidades que no saben ser dignas de ellos. Es por ello que algunos se ofenden por la “popularización del Zócalo”.⁵⁸ El estetismo y el higienismo legitiman así las segregaciones en el espacio que permiten la apropiación de los lugares simbólicos del poder por los que lo poseen.

Por otra parte, el modelo “económico” inspirado por el desarrollo a la europea ha convertido el mercado y los puestos en alegorías arcaicas, heredadas de un sistema caduco. En ese contexto, los puestos se volvieron signo del “subdesarrollo” del país, un “resabio anacrónico de la ciudad”:⁵⁹

⁵⁷ SOLANA, 1989.

⁵⁸ SOLANA, 1989.

⁵⁹ BLANCO (28 jul. 1989).

ello explica el encarnizamiento empleado para hacerlos desaparecer, con la idea de que, anulando el efecto, se anulará la causa. El comercio ambulante, clasificado por los economistas como una manifestación del sector “terciario informal”, válvula de seguridad para pobres y desempleados, “respuesta a la crisis”, no es concebido como una tradición comercial autóctona que se mantiene quizá también porque puede presentar ventajas sobre el comercio “establecido”, además de que es uno de los elementos de la identidad urbana.

Esta última dimensión le es negada por algunos responsables de la protección del patrimonio. Uno de ellos, arquitecto, proclama que “los puestos, la deuda exterior, el sida y la publicidad” son los cuatro azotes del país, identificados a los “cuatro jinetes del Apocalipsis”.⁶⁰ Así, los puestos, típicamente mexicanos, no obstante, son expulsados de la mexicanidad mediante su asociación con los otros tres males que, se supone, vienen del exterior. Un arqueólogo, por su parte, declara que los vendedores ambulantes son uno de los “males de una sociedad que no es sana ni en lo administrativo ni en lo político”, al igual que el “saqueo arqueológico y narcotráfico”.⁶¹

Después de haber sido el signo de la riqueza, el puesto se convirtió, entonces, en el signo de la pobreza. El cambio de modelo que presidió a esta evolución no es objeto de este estudio; observemos simplemente que es probable que haya desempeñado una función fundamental en las revoluciones de modelos urbanos que establecieron la visión de la ciudad que prevalece hoy en día.

Las justificaciones de un modelo social segregacionista

Desde el siglo XIX, las crónicas, al igual que las políticas urbanas (que tienen en común el querer hacer que sus deseos sean tomados por la realidad), legitiman un modelo de ciudad segregacionista. Para lograrlo, se han apoyado sucesiva-

⁶⁰ SESCOSE, 1988 y 1988a, pp. 71-72.

⁶¹ GARCÍA MOLL (6 jul. 1989), p. 18.

mente en el higienismo, que salvaguarda ciertos lugares de la insalubridad constituida por los puestos y preserva a ciertas clases de la promiscuidad social; en el esteticismo, que aparta de la vista lo que puede ofenderla en ciertos espacios; en el funcionalismo, que sostiene, so capa de funcionalidad, que hay que separar las actividades y los que las llevan a cabo. A finales del siglo XX, el conjunto de esos motivos se reencuentra en numerosos textos y disposiciones urbanísticas, y los repetidos intentos hechos para conformar la realidad con el modelo han tenido un éxito parcial en su empresa.

Sin embargo, ese modelo conoció una modificación de importancia con el surgimiento progresivo del tema de la monstruosidad de la ciudad en el transcurso del siglo XX. A finales del siglo XVIII, es un espacio dominado, familiar, el que se critica. A finales del siglo XX, se llena uno de espanto ante un espacio que escapa a todo control, que parece dotado de una fuerza de reproducción autónoma y de una energía voraz, un espacio que ya no emana del hombre. La imagen que resulta de las descripciones actuales de la “patología urbana”⁶² es la de un cáncer que carcome el espacio o de un pulpo que devora a los hombres. Quizá se trate de una segunda revolución de los modelos urbanos: la ciudad, que siempre había sido la expresión misma de la civilización, parece convertirse en un símbolo de inhumanidad, de barbarie, de salvajismo. La defensa de la civilización pasa entonces por la protección del patrimonio arquitectónico: “urbanismo culto *vs.* barbarie funcional”,⁶³ se dice en 1960.

Pero las crónicas no abarcan toda la ciudad, así como las políticas no la hacen toda. Los autores que nos la describen y dirigen nuestras miradas hacia el pasado sueñan al mismo tiempo en otra ciudad, muy diferente. Una lectura partidaria de esos relatos heterogéneos otorga luego una legitimidad histórica a las opiniones y a las políticas urbanas. Cabe preguntarnos si conocer mejor los modelos a que nos referimos

⁶² Véanse diversos periódicos de México: *Casa del Tiempo*, 30, III, 1983; *La Jornada* (18 y 19 abr. 1989); *Viva*, 10-11, 1989; *El Día* (29 abr. 1989).

⁶³ GARCÍA BARRAGÁN, 1989, p. 23.

permitirá asegurar una mejor adaptación de la ordenación territorial a la realidad urbana.

REFERENCIAS

Para situar las obras en su contexto histórico, señalamos entre corchetes la fecha de redacción o primera publicación.

ÁGUILA, Yves

- 1983 “Représentations de la ville de Mexico et évolution de la conscience créole”, en *Villes et nations en Amérique Latine*. París, CNRS, pp. 63-81.

ALAMÁN, Lucas

- 1985 “Disertaciones sobre la historia de México” (Octava Disertación) [1845], en *Hernán Cortés y la conquista de México*. México, Editorial Jus, t. 2, pp. 209-210.

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel

- 1989 *Revistas literarias de México* [1868]. México, T.F. Neve; citado por Clementina DÍAZ Y DE OVANDO, “El Gran Teatro Nacional baja el telón”, en *Universidad de México* (462), pp. 9-15.

ARGUETA, Jermán

- 1988 “Los alquimistas del alcohol o la danza dantesca”, en *La Calavera* (6), pp. 30-31.

ARIÈS, Philippe

- 1977 *Essai sur l'histoire de la mort en Occident*. París, Seuil.
1981 *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*. París, Seuil.

BLANCO, José Joaquín

- 1989 “Alcabalas del viento”, en *La Jornada*.

CASTERA, Ignacio

- 1794 *Museo de la Ciudad de México*. México.

CASTILLO LEDÓN, Luis

- 1977 “La vida de Don Miguel Hidalgo y Costilla” [1554], en VALLE-ARIZPE, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*. México, Editorial Jus, pp. 485-486.

CERVANTES DE SALAZAR, FRANCISCO

- 1978 “Segundo Diálogo” [1554], en *México en 1554 y Tímulo Imperial*. México, Porrúa, pp. 41-57.
- 1978a “Crónica de Nueva España” [1564], en *México en 1554 y Tímulo Imperial*. México, Porrúa, pp. 165-171.

CORTÉS, Hernán

- 1976 “Segunda carta de relación” [1520], en *Cartas de Relación*. México, Porrúa, «Sepan cuántos . . . , 7», pp. 62-69.
- 1976a “Cuarta carta de relación” [1524], en *Cartas de Relación*. México, Porrúa, «Sepan cuántos . . . , 7», pp. 196-197.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal

- 1986 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. [1576] México, Porrúa, «Sepan cuántos . . . , 6-7», pp. 157-177.

Discurso

- 1984 *Discurso sobre la Policía de México* (anónimo) [1788], en GONZÁLEZ POLO, *Reflexiones y apuntes sobre la ciudad de México*. México, Departamento del Distrito Federal, «Distrito Federal, 4», pp. 47-50, 61-64.

DUBLÁN, Manuel y José María LOZANO

- 1876-1904 “Se ordena la demolición del Parián”, decreto del 27 de junio de 1843, en *Legislación Mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República*. México, Archivo General de la Nación.

EVERAERT, Luis

- 1988 “La plaza pública de Coyoacán”, en *Crónicas de la ciudad de México*. México, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, p. 16.

FERNÁNDEZ, Martha

- 1987 *La ciudad de México, de Gran Tenochtilán a mancha urbana*. México, Departamento del Distrito Federal, «Distrito Federal, 14».

GARCÍA BARRAGÁN, Elisa

- 1989 “Los otros defensores: ecos de una epopeya”, en *Universidad de México* (462), pp. 16-24.

GARCIA CUBAS, Antonio

- 1974 "Libro de mis recuerdos" [1904], en Salvador Novo, *Seis siglos de la ciudad de México*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 73-74.

GONZÁLEZ POLO, Ignacio

- 1984 *Reflexiones y apuntes sobre la ciudad de México*. México, Departamento del Distrito Federal, «Distrito Federal, 4».

ITURRIAGA, José

- 1988 "Centro Histórico de la Ciudad de México: un proyecto de rescate", en *Artes de México* (nueva época) (1), pp. 71-72.

LE ROY LADURIE, Emmanuel

- 1981 "De l'esthétique à la pathologie", en Georges DUBY, *Histoire de la France urbaine*. T. 3: *La ville classique*. París, Seuil, pp. 288-293.

LÓPEZ RANGEL, Rafael (comp.)

- 1989 *Las ciudades latinoamericanas*. México, Plaza y Valdés.

LYON, George Francis

- 1984 "Journal of a residence and tour in the Republic of Mexico in the year 1826" [1826], en *Residencia en México, 1826*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 201-211.

MARTÍNEZ GARNICA, Armando

- 1985 "De la metáfora al mito: la visión de las crónicas sobre el tianguis prehispánico", en *Historia Mexicana*, xxxiv:4 (136) (abr.-jun.), pp. 685-700.

MONNET, Jérôme

- 1989 "Una escenografía monumental: el Centro Histórico de la ciudad de México", en *Sábado*, suplemento cultural de *UnomásUno* (26 ago.), pp. 1-3.
- 1990 "Le jeu de la ville et du pouvoir (Les représentations de la Grand-Place de Mexico)", en *Alfil* (6), Instituto Francés de América Latina.

MORO, Tomás

- 1985 *Utopía* [1516]. Prólogo de Manuel Alcalá. México, Porrúa, «Sepan cuántos...», 282».

MORENO TOSCANO, Alejandra (coord.)

- 1978 *Ciudad de México: ensayo de construcción de una historia*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MORENO TOSCANO, Alejandra y Sonia LOMBARDO DE RUIZ (comps.)

- 1984 *Fuentes para la historia de la ciudad de México (1810-1979)*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MOTOLINÍA, Toribio de Benavente

- 1984 *Historia de los indios de Nueva España [1539]*. México, Porrúa.

MUSSET, Alain

- 1989 *L'eau dans la vallée de Mexico, enjeux techniques et culturels*. Tesis de doctorado. París, EHESS.
- 1989 *Le Mexique*. París, Masson.

PERROT, Jean-Claude

- 1975 "La crise des reflets culturels et des définitions urbaines", en *Genèse d'une ville moderne: Caen au XVIII^e siècle*. París, Mouton-EHESS, t. 1, pp. 15-53.

SÁNCHEZ DE CARMONA, Manuel

- 1989 *Traza y plaza de la ciudad de México en el siglo XVI*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco-Tilde.

SEDANO, Francisco

- 1977 "Noticias de México", en Artemio de VALLE-ARIZPE, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*. México, Editorial Jus, pp. 436-440.

SESCOSSE, Federico M.

- 1988 *IX Simposium Internacional de Conservación del Patrimonio Monumental*. México, ICOMOS, 1988.
- 1988a *Artes de México (nueva época) (1)*, pp. 71-72.

SOLANA, Rafael

- 1989 "Popularización del Zócalo", *El Día*.

TORQUEMADA, Juan de

- 1975 *Monarquía indiana [1615]*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, t. 1, pp. 408-415; t. 4, 1977, pp. 345-352.

VALLE-ARIZPE, Artemio de

1977 *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*. México, Editorial Jus.

VIEYRA, Juan de

1974 “Breve y compendiosa narración de la ciudad de México” [1777], en Salvador Novo, *Seis siglos de la ciudad de México*. México, Fondo de Cultura Económica, pp. 47-54.

PERIÓDICOS

Casa del Tiempo, México.

El Día, México.

La Jornada, México.

Unomásuno, México.

Viva, México